

El gran debate sobre la globalización

Anthony Giddens

Anthony Giddens es sociólogo y director de la London School of Economics. Bien conocido por sus numerosas publicaciones, entre las que se cuentan *Consecuencias de la modernidad*, *Modernidad e identidad del yo*, *Sociología*, *Más allá de la izquierda y la derecha* o *La tercera vía*. *La renovación de la socialdemocracia*, se le considera el inspirador intelectual del Nuevo Laborismo impulsado por Tony Blair. Se publica aquí el contenido de la conferencia que pronunció el 19 de noviembre de 2001 en Valencia, organizada por la Fundación Cañada Blanch. La transcripción y traducción, a cargo de Carles Subiela, han sido autorizadas por el autor.

El tema que nos ocupa, el impacto de la globalización, es quizás el debate más importante que se está produciendo en las ciencias sociales, y más allá de ellas, hoy en día. La razón por la cual es tan importante es que se trata de un debate sobre la configuración del siglo XXI, sobre la forma que asumirán nuestras sociedades. Todos tenemos la obligación de comprender sus términos, y cada cual debería intentar definir su propia posición en el marco de este debate.

Para empezar a captar el sentido de este debate sobre la globalización, la mejor forma es empezar por considerar la muy interesante historia de esta palabra, ya sea en inglés, en español, en alemán o en francés (aquí se habla de *mondialisation*). El término globalización apenas se utilizaba hace escasamente quince años. Yo escribí un libro hace unos doce años, *Consecuencias de la modernidad*, en el que utilizaba el concepto de globalización pero puedo asegurar que en ese momento apenas si se hablaba de globalización en los círculos académicos y ciertamente no se usaba fuera de ellos.

Por lo tanto, en un período de unos quince años el término globalización ha pasado de la nada a ser omnipresente. Creo que nadie negará que hoy en día es imposible eludirlo. Basta escuchar un discurso de Tony Blair, abrir un manual de economía de empresa o simplemente leer el periódico y encontramos que esta palabra nos aparece por todas partes. Así que este término ha pasado de no existir a estar presente en todas partes en un período de tiempo notablemente corto y se podría decir que es el término de las ciencias sociales con más éxito en los últimos tiempos porque no se me ocurre otro concepto científico-social que haya penetrado tanto en el discurso popular y en tan poco tiempo. Cuando esto ocurre, cuando un término pasa de la oscuridad a la omnipresencia, podemos estar seguros de que irá acompañado por la controversia, y esto es exactamente lo que ha ocurrido con el concepto de globalización.

Hay dos fases, dos períodos, en lo que denominaré el gran debate sobre la globalización. Lo denomino así porque, como tal, constituye una ejemplificación del concepto: el debate sobre la globalización es auténticamente global. He visitado muchos países en los últimos tres o cuatro años y no he estado en ninguno donde no haya un intenso debate sobre lo que es la globalización y lo que significa. Así que el término es una especie de ejemplo de lo que describe.

La primera fase del gran debate de la globalización empezó hace unos diez a veinte años más o menos y fue en esencia un debate entre estudiosos, confinado a la esfera académica y se centró en si la globalización era o no una realidad. El primer debate sobre la globalización se centró en si el término indica o no un cambio histórico real. Mucha gente argumentó durante el primer debate sobre la globalización que aunque el término había alcanzado gran difusión, no había habido un cambio significativo en el mundo al cual se refería. Los que planteaban dudas ante la idea de la globalización, los que dudaban de la realidad de la globalización, llegaron a ser llamados los escépticos de la globalización. Se trataba de gente escéptica ante la idea de que hubiera realmente diferencias entre nuestra época y el pasado en términos de integración global. Un argumento característico de los escépticos era que, si retrocedíamos al siglo XIX y a los primeros años del XX, en aquella época ya había un mercado abierto, comercio en divisas por todo el mundo, migraciones masivas en la

última parte del siglo XIX y ni tan siquiera hacía falta un pasaporte para viajar por la mayoría de países. Por lo tanto, los escépticos decían: ¿dónde está la novedad? Se puede hablar de globalización, pero si algo ha ocurrido es una especie de retroceso a finales del siglo XIX; realmente no hay un cambio histórico significativo, como mucho un regreso al pasado.

Esta era la primera fase del gran debate sobre la globalización, que ahora pienso que se ha superado y se ha resuelto como resultado de la gran cantidad de trabajo empírico llevado a cabo por economistas y científicos sociales sobre lo que está ocurriendo en el mundo actual. Creo que la mayoría de los que han estudiado la globalización han llegado a la misma conclusión, es decir, que los escépticos estaban equivocados y que el término globalización no es algo fortuito, sino que señala una realidad, que realmente hay aspectos fundamentales en los que nuestro mundo es diferente al de épocas anteriores.

Si así se quiere, podemos hablar del siglo XIX como de la primera era global, la primera época de la globalización, pero si fue la primera época de la globalización y nosotros estamos en la segunda, ésta es mucho más intensa, mucho más abarcadora, mucho más dinámica, con movimientos mucho más acelerados de lo que nunca lo fueron en el siglo XIX. En muchos aspectos vivimos en un mundo nuevo, para cuya comprensión la historia no nos puede ayudar demasiado.

Así pues, ahora nos encontramos en la segunda fase del gran debate sobre la globalización, que ya no se centra en si la globalización es o no una realidad, sino en lo que significa para nosotros y en concreto en sus consecuencias. Y esta segunda fase, por supuesto, ya no es sólo un debate académico, sino que saca a la gente a la calle y da lugar a confrontaciones violentas. Ha habido manifestaciones masivas en las calles desde la reunión de la Organización Mundial del Comercio en Seattle, que se han producido también en otras veinticinco ciudades donde se han celebrado sesiones de la OMC y de otras organizaciones mundiales, y este es otro aspecto global porque han tenido lugar en Buenos Aires, en muchas ciudades europeas, en ciudades de América, etc. Esta segunda fase es mucho más intensa y, si se quiere decir así, lo que se libra es una batalla política. Nos corresponde a todos, creo, intentar comprender lo que piden los manifestantes, por qué protestan y cuál debería ser nuestra respuesta. Después volveremos a esta cuestión, pero antes quiero señalar que ni los manifestantes, la gente que sale a las calles, ni la gente contra la que protestan, los dirigentes de las organizaciones mundiales o los directivos de las grandes corporaciones que se sientan en sus confortables salas con aire acondicionado, ni los que están a favor o en contra de la globalización, ni unos ni otros han comprendido el fenómeno adecuadamente.

Sobre globalización se habla mucho pero se entiende muy poco. Creo que para ello hay una razón básica. Tanto los que protestan como los que de alguna manera están a favor de la globalización consideran ésta como un fenómeno esencialmente económico. La ven primordialmente en términos de expansión de los mercados mundiales y en particular del papel de las instituciones financieras globales en un mercado mundial en expansión. Esto, por supuesto, no es totalmente erróneo. Si retrocedemos veinte años más o menos, vemos que ha habido cambios enormes en la economía mundial, que el papel de las instituciones financieras globales y de los mercados monetarios mundiales se ha hecho cada vez más relevante. Hace veinte años, sólo se intercambiaban unos pocos centenares de millones de dólares cada día en los mercados financieros mundiales. Hoy, según las más recientes estimaciones, se intercambian dos trillones de dólares cada día en esos mercados.

Se asiste a una aceleración enorme, extraordinaria, de esta especie de impacto global de los fenómenos económicos. Así pues, no es erróneo decir que ha habido una integración creciente en

la economía global aunque, como bien sabemos, ésta está fuertemente regionalizada. No hay muchos intercambios comerciales, por ejemplo, entre la Unión Europea y los países en vías de desarrollo. La Unión Europea comercia principalmente con ella misma y así sucesivamente. De manera que no hay un sistema completamente integrado, pero sin duda ha habido una aceleración a nivel económico. Sin embargo, creo que éste es un punto fundamental. No creo que se pueda decir que la globalización es únicamente o incluso básicamente un fenómeno económico, ni creo que se pueda decir que sus fuerzas impulsoras sean únicamente o básicamente económicas. La globalización es política, cultural y social.

Si pretendemos hallar la influencia decisiva por la que nuestra era global es diferente a otras anteriores, no creo que la encontremos en la economía. La encontraríamos, creo, en el cambio que han experimentado las comunicaciones. La revolución de las comunicaciones es la principal fuerza impulsora de la mayor interdependencia que es característica de nuestra época y, sin entrar en detalles técnicos al respecto, se podría indicar un hito tecnológico relativo a cuándo empezó la era global. Este hito se situaría en el momento en el que se inició realmente la revolución actual de las comunicaciones. A finales de los años sesenta se estableció por primera vez sobre la Tierra un sistema efectivo de satélites, fue la primera vez en la historia humana en que la comunicación instantánea se hizo una realidad de un extremo al otro de la Tierra. A partir de aquel momento, tenemos este fantástico maridaje de la tecnología de las comunicaciones y los ordenadores que ha contribuido a transformar tantos aspectos de nuestras vidas. Creo que se puede decir que sin la revolución de las comunicaciones, sin el creciente impacto que los medios de comunicación tienen en nuestras vidas, no habría habido transformación en Europa del Este en 1989; sin la revolución de las comunicaciones no habría habido revolución de terciopelo en Checoslovaquia; sin la revolución de las comunicaciones probablemente no se habría producido el colapso de la Unión Soviética ni el final del *apartheid* en Suráfrica.

Hubo una especie de diálogo global sobre la democratización a finales de los años ochenta que hay que tener presente para intentar comprender muchos de estos acontecimientos. La Unión Soviética era política y económicamente una sociedad competitiva hasta los primeros años setenta, más o menos. Era competitiva, si se quiere decir así, en la vieja economía industrial y era competitiva políticamente en términos del sistema político autoritario que tenía. De hecho, mucha gente pensaba que la Unión Soviética duraría otros cien años. El profesor Ernest Gellner, de la London School of Economics, era probablemente el más famoso experto del Reino Unido en temas de la Unión Soviética y Europa del Este. Pues bien, paseando juntos por Praga en 1990, después de la revolución de terciopelo, me dijo que había estado convencido de que la Unión Soviética perduraría otros cien años. Era uno de los expertos mundiales sobre aquel sistema, y lo contemplaba como si fuese un sistema estable, pero no lo era. Y no lo era porque la Unión Soviética no podía competir económicamente y su sistema político se quedó obsoleto respecto del sistema mucho más fluido y dinámico que el impacto de las comunicaciones globales más o menos nos impone. Y esto, por supuesto, implica cambios fundamentales en la naturaleza de la misma economía, así como otro tipo de cambios políticos, económicos y sociales.

Si la globalización no es básicamente económica, se deduce que la globalización no tiene una causa única. Esto es ciertamente crucial por razones que expondré cuando hablemos sobre lo que quieren los manifestantes y cómo les deberíamos responder. Pero si nos fijamos en acontecimientos que sin duda todos tenemos tan presentes en nuestro espíritu tres meses después, en los hechos del 11 de septiembre en Nueva York y Washington, comprobaremos algo muy significativo

La globalización no es únicamente, ni siquiera básicamente, un fenómeno económico.

relacionado con ellos en términos de comunicación. Aquellos hechos fueron por supuesto un asesinato horrible de gente completamente inocente, un asesinato de personas que en ningún sentido podrían ser consideradas como combatientes en una guerra. Pero aquellos hechos también fueron nítidamente un acontecimiento mediático global. Se ha estimado que alrededor de 1500 millones de personas no sólo vieron el impacto del segundo avión contra la segunda torre sino que realmente lo vieron cuando sucedió porque ya estaban siguiendo la televisión, ya habían sido alertados cuando el primer avión chocó contra la primera torre. Se hace difícil pensar que los que cometieron estos actos no los planificaron como un acontecimiento mediático global. Creo que los planificaron con esta intención. Por eso fijaron un intervalo de veinte minutos entre el primer impacto y el segundo impacto contra las torres. Y naturalmente las mismas torres son un símbolo visible del predominio americano y de la moderna economía capitalista y todo ello realmente formaba parte del simbolismo visual de esa acción. De manera que estaba profundamente vinculado al mundo de comunicaciones integradas en el que vivimos.

La globalización, sin embargo, no tiene una causa única, como ya se ha dicho. No es un fenómeno singular, es un término que hace referencia a todo un conjunto de cambios y esto es muy importante. La globalización, si no tiene una única causa, tampoco tiene un único efecto. Si queremos comprender cómo está afectando la globalización a nuestras vidas, la tenemos que ver en tres vertientes: la globalización arranca ciertos poderes a la nación. Sabemos que la globalización altera la identidad de las naciones. Sabemos que todas las naciones están replanteándose sus identidades en la era global. La globalización arranca determinados poderes económicos y también añade otros poderes al mismo tiempo, pero de alguna manera la globalización aleja de la nación.

Ahora bien, si la globalización aleja de la nación, también tiene el efecto contrario, impulsa y genera nuevas fuerzas para la identidad local. Esto se sabe muy bien viviendo en esta zona de España, con la recuperación de la autonomía local y la reafirmación de las identidades que anteriormente a menudo habían sido silenciadas o incluso perdidas durante un largo período de tiempo. Si nos preguntamos por qué el nacionalismo ha llegado a ser tan importante en muchas partes diferentes del mundo, donde hay un resurgimiento del nacionalismo local, en el País Vasco, en Escocia, en Gales, en Cataluña, pero también en Quebec, en Cachemira, etc., la respuesta tiene mucho que ver con la globalización. La gente reacciona ante las fuerzas de la globalización reafirmando la autonomía local, la identidad local. Por cierto, quizás la forma más celebrada de describir este proceso en sociología sea lo que afirmó el conocido sociólogo Daniel Bell, quien dijo: «El estado nación se hace demasiado pequeño para resolver los grandes problemas pero es demasiado grande para resolver los pequeños problemas». Y esta frase capta claramente el tipo de transformación que la nación está experimentando.

Pero si la globalización estira hacia arriba y presiona hacia abajo, también presiona hacia los lados. Lo que las fuerzas globalizadoras hacen es crear nuevas regiones, que a veces atraviesan las fronteras de las naciones. Podemos ver una de estas regiones en el norte de Cataluña. Por supuesto, Cataluña es una comunidad autónoma dentro de España, pero también está profundamente integrada en la economía del sur de Francia y en la economía de la Unión Europea. Algo similar ocurre con las ciudades. Si alguien está interesado en el papel de las ciudades en la época global, podría consultar el celebrado libro de una profesora de la LSE, Sasketh Sassen, titulado *The global city*. En él muestra que en el caso de ciudades globales como Nueva York, Londres, Madrid, París, Tokio, etc., hay que entender su dinámica más en términos de su implicación con el sistema mundial más amplio que en términos de su implicación con sus entornos inme-

diatos y esto constituye una gran transformación en su posición. En Londres tenemos incluso una localización física de la City como centro financiero. La City está en Londres, pero no está en Londres porque es el centro de una enorme red de transacciones financieras que se extienden por todo el mundo. Así, la globalización es un fenómeno complejo, no un fenómeno unívoco, que empuja y estira en diferentes direcciones.

Creo que también es un error contemplar la globalización como una especie de «cosa ajena». Mucha gente, cuando habla sobre la globalización, aporta «respuestas» prefabricadas de tal forma que ve la globalización como una fuerza externa a la que nos debemos ajustar. Por supuesto, esto en parte es cierto pero tenemos que ver que la globalización también está incorporada en nuestras acciones. Que la promovemos nosotros mismos, la mayoría, en nuestra vida diaria tanto si somos ricos como pobres. Cada vez que conectamos un ordenador, que entramos en Internet o que hacemos una llamada telefónica internacional, cada vez que escuchamos la radio o vemos la televisión, en realidad estamos haciendo globalización, no estamos sólo respondiendo a la globalización. La globalización está aquí, es un complicado proceso dialéctico, si se quiere, en el que todos somos agentes, no sólo receptores pasivos. No es sólo una fuerza externa, sino que está profundamente enraizada en nuestras actividades. Son conocidos los escritos de Manuel Castells, que en su libro *La sociedad red* capta esto muy bien cuando indica que la globalización supone la transformación de las grandes instituciones pero al mismo tiempo la transformación de la vida personal.

Existen dos polos o dos ejes opuestos de la globalización: la transformación de las instituciones mundiales, pero también de nuestras propias vidas. Esto es realmente importante porque la globalización está contribuyendo a transformar muchos aspectos de nuestras vidas individuales, de nuestras vidas cotidianas y estructuras familiares. Si nos preguntamos por qué hay un debate sobre la familia en todo el mundo, es porque la familia está conociendo cambios estructurales en casi todos los países. Una de las principales razones de ello es la creciente emancipación de las mujeres, lo que ha de ser considerado como una fuerza global, tan importante como algunas de las más espectaculares que incluimos bajo el término *globalización*. En España se puede entender esto muy bien, pues este es un país que ahora tiene el índice de natalidad más bajo de la historia humana, el 1'2, el mismo que Italia. ¿Cuál es la razón? En mi opinión es una especie de viaje a medio camino de la emancipación femenina, porque las mujeres se han liberado de algunas de las tareas tradicionales, pueden integrarse en la población activa, pero no existe la protección social para las familias atípicas que hay en países como Dinamarca, por ejemplo, donde el índice de natalidad sigue siendo bastante alto y donde las mujeres abandonadas por sus maridos o que crían niños por su cuenta tienen protección social. Y sugiero algo sobre lo que volveré más adelante. El fundamentalismo, el auge o algunas formas de fundamentalismo, especialmente de índole religiosa, está motivado por la oposición a la emancipación de las mujeres, está impulsado por el síndrome de odio a las mujeres, por un deseo de volver al estado de cosas anterior, tradicional.

Se trata de un factor muy profundo de nuestra época. Todas estas cosas forman parte de fuerzas que están cambiando nuestro mundo, por ejemplo lo que se entiende por soberanía de las naciones, pero también están cambiando estructuras muy importantes y profundas de la vida cotidiana.

Para resumir lo que es la globalización, si la entendemos en términos sociológicos, la forma más sencilla es la siguiente: «La globalización, la definición más simple de globalización, es interdependencia». Globalización significa interdependencia creciente con gente que vive a muchos kilómetros de nuestro ámbito habitual, pero esa creciente interdependencia ha transformado la mayoría de nuestras instituciones. La globalización representa una especie de cambio estructural de nuestras

instituciones básicas que van desde la familia y la vida económica hasta la soberanía de las naciones y las mismas instituciones transnacionales. Estas consideraciones cobran relieve a la hora de valorar lo que significan las manifestaciones y protestas en las calles y de establecer cómo habría que responder a lo que parece que quieren los manifestantes, si deberíamos sentir o no simpatía por ellos, o por algunos de ellos, y cómo deberíamos reaccionar ante estos extraordinarios movimientos de protesta que se han desarrollado.

Quiero destacar tres puntos básicos sobre el movimiento antiglobalización, que en este momento está cambiando como sabemos por el impacto del 11 de septiembre. Una parte se ha reconvertido en un movimiento pacifista, especialmente en los países europeos, pero cuando acabe el episodio de Afganistán, si en cierto sentido acaba, creo que el movimiento antiglobalización se reagrupará y será más poderoso que nunca. Por lo tanto, es algo a lo que todos deberíamos prestar atención. Los tres aspectos que quiero destacar son los siguientes. En primer lugar, los que salen a la calle a protestar contra la globalización se definen a sí mismos como antiglobalización, dicen que están en contra de la globalización. Sin embargo, esta posición es incoherente, porque no se puede estar sencillamente a favor o en contra de la globalización, no tal como la entiendo yo, porque la globalización es un término único que hace referencia a una complejidad de cambios que se han producido en los últimos treinta años más o menos. No se puede estar a favor o en contra. Se tiene que decir qué aspectos de la globalización gustan y cuáles no, no se puede decir sencillamente que es reversible. Mucha gente argumenta que por el hecho de que la globalización estuvo influenciada, por ejemplo, por las medidas de desregulación de los estados que han creado un mercado abierto, ahora se puede revocar. Bien, algunos aspectos se podrían revertir, pero otros probablemente no. Sólo porque algunas características de la globalización, y sólo algunas, fueron creadas a conciencia, de ello no se deduce que se puedan revertir a conciencia. Sólo nos tenemos que fijar en el impacto de Internet para darnos cuenta de esto. Internet fue un proyecto consciente, un proyecto de Guerra Fría del Departamento de Estado de Estados Unidos, creado con la intención de que sirviera como instrumento para combatir en la Guerra Fría. Después, Internet se difundió a las universidades y más tarde prácticamente a todas partes. No se puede volver a un mundo sin Internet. Aun cuando el fenómeno «punto.com» haya sido efímero, Internet formará parte permanente de las comunicaciones globales. Por supuesto, está pensado para las zonas más ricas del mundo, pero a pesar de ello una vez entra en funcionamiento tiene muchos efectos. Personalmente creo que nos encontramos sólo en los primeros pasos del impacto de Internet y que tendrá un efecto transformador más grande. Porque Internet es una especie de un paso atrás y dos adelante. Los dos pasos adelante renovarían el impacto de Internet sobre la forma como vivimos nuestras vidas y sobre las estructuras de la sociedad global. De cualquier forma, esto es sólo una consideración previa. Mis tres puntos son los siguientes.

El primero, si los movimientos antiglobalización no están contra la globalización como hay que entenderla desde el punto de vista sociológico, sí que son parte integrante de los procesos globalizadores. Esto se puede comprobar muy fácilmente porque los movimientos antiglobalización usan las tecnologías globales para desarrollar sus actividades. Recurren a Internet, a los teléfonos móviles y las modernas tecnologías para reunirse y comunicarse entre ellos. El movimiento antiglobalización es él mismo un movimiento global, lo que significa que no puede ser antiglobalización en ese sentido porque está usando los medios de la globalización para su propia existencia. Alguien en Seattle exhibió una sorprendente pancarta con una sorprendente afirmación: «Únete al movimiento mundial contra la globalización». Esto sugiere que estamos considerando diferentes

aspectos de la globalización, no que unos están a favor y otros en contra; esto no da cuenta de manera apropiada de la autocomprensión del movimiento antiglobalización.

Lo que contemplamos, en esencia, es un choque entre lo que podríamos llamar globalización desde arriba y globalización desde abajo. La globalización desde arriba está dirigida por las grandes corporaciones, por la acción de los estados y de otros agentes influyentes. La globalización desde abajo está dirigida sobre todo por las organizaciones no gubernamentales, por las ONG. Entre la gente que salió a la calle en Seattle, y desde entonces en otras ciudades, hemos observado una gran variedad de grupos, pero muchos de estos grupos representan a ONG. Si nos fijamos en el auge de las ONG, éstas son parte integrante de la globalización. Son tan importantes como el auge de las corporaciones transnacionales. Si retrocedemos treinta años, al inicio del período del que estoy hablando, sólo había unos pocos centenares de ONG en el mundo. Ahora, según los últimos cálculos, hay treinta mil y muchas de ellas son precisamente globales y tienen un campo de acción global: Oxfam, Grenepeace... Organizaciones de este tipo se han extendido de forma global.

Existe un nuevo conjunto de actores en la escena histórica mundial que quieren una forma diferente de globalización a la que creen que ha predominado los últimos treinta años. Lo que deberíamos estimular en este momento es el diálogo entre la globalización desde abajo y la globalización desde arriba porque los protestatarios antiglobalización se han definido de forma negativa. Se han definido por estar contra ciertas cosas. Deberían decir a favor de qué están y deberían desarrollar aquello en lo que creen en relación y diálogo con las organizaciones y las agencias que critican. De forma interesante, esto se está produciendo ahora entre famosos licenciados de la LSE. Está el señor George Soros, uno de los principales financieros del mundo. Acaba de escribir un nuevo panfleto sobre la globalización, que básicamente se centra en la globalización financiera. Hace poco fue a París y mantuvo un diálogo con Attack, uno de los grupos franceses que sale a la calle y tiene una visión particular sobre la globalización. Soros y Attack mantuvieron una interesante y fructífera discusión. En definitiva, necesitamos que la globalización desde abajo y desde arriba se relacionen y que esta relación pueda producir un resultado más positivo que los choques y las confrontaciones de los que hemos sido testigos.

Mis puntos segundo y tercero realmente abordan lo que seguramente le interesa al movimiento antiglobalización, aquello que a sus ojos va mal en el mundo. El movimiento antiglobalización, o muchos de sus miembros, dice que la globalización está dominada por las grandes corporaciones, que el poder de la gran empresa tiene demasiada influencia en nuestras vidas, que nuestras vidas están demasiado dominadas por el mercado y que el mercado y las grandes corporaciones están contribuyendo a destruir algunos aspectos de nuestra cultura cívica y de los derechos democráticos. Y señalan que esto es particularmente grave en los países más pobres del mundo, por lo que tenemos que impugnar el dominio de las grandes corporaciones.

¿Tienen razón? ¿Deberíamos atender a esta crítica? Sí, deberíamos atenderla porque creo que es correcto decir que una buena sociedad no es aquella que está demasiado dominada por las fuerzas del mercado. Una buena sociedad no es aquella donde el poder de las grandes empresas es demasiado fuerte. Si permitimos que nuestra sociedad, en Occidente o en cualquier parte del mundo, esté dominada en exceso por las fuerzas del mercado, tendremos mucha desigualdad, tendremos mucha inseguridad y se producirá una mercantilización de valores que deberían quedar al margen del mercado. Los manifestantes antiglobalización nos están diciendo algo que deberíamos escuchar. Así, habría que definir un modelo de buena sociedad –tanto si hablamos de una sociedad nacional como regional o, en definitiva, global– que incluyera tres componentes. Una buena sociedad no es aque-

Deberíamos estimular el diálogo entre la «globalización desde arriba» y la «globalización desde abajo».

lla donde las fuerzas del mercado simplemente lo son todo. Una buena sociedad es aquella donde existe un equilibrio entre tres instituciones, donde tenemos un mercado competitivo y eficiente, sí, pero también límites a ese mercado, donde hay un gobierno eficaz, un gobierno ágil, efectivo y democrático, y donde hay una cultura cívica decente y una sociedad civil desarrollada. Una buena sociedad ha de tener estos tres conjuntos de instituciones que de algún modo han de mantener un equilibrio entre sí. Sin embargo, no es este el caso en todas nuestras sociedades, ni tan siquiera en las sociedades occidentales y mucho menos en la sociedad global en su conjunto.

Tenemos ante nosotros la tarea de construir lo que podríamos llamar una sociedad civil global. Se ha argumentado, creo que con razón, que ésta es una labor para nuestra época. Dicho lo anterior, creo que es muy importante no demonizar las corporaciones. Los manifestantes antiglobalización han recogido algunas de las estrategias clásicas de la izquierda sobre las que creo que hemos de tener mucha cautela. Las estrategias clásicas de la izquierda se pueden expresar de forma muy simple. Cuando algo va mal en el mundo, echemos la culpa a las corporaciones. Si no se les puede echar la culpa, culpabilicemos a los americanos. Por lo tanto, la visión clásica no es apropiada. Necesitamos que las corporaciones actúen de manera responsable, pero necesitamos sus inversiones. Los países más pobres no podrán desarrollarse a menos que haya unas adecuadas inversiones en ellos. Se tiene que animar a las corporaciones a jugar un papel en esto. Por lo tanto, se necesita que la gran empresa se comporte de manera responsable y también instituciones que contribuyan a desarrollar ese comportamiento. Pero es importante que no tratemos a las corporaciones como si fueran la fuente de todos los males a escala global. Porque no lo son.

En tercer lugar, los manifestantes antiglobalización dicen que la globalización es un proyecto de los países ricos, es un proyecto de Occidente, que implica sólo a una quinta parte de la población mundial y que está produciendo un mundo más desigual, dividido entre países ricos y países pobres. Y los manifestantes antiglobalización sostienen que estas divisiones están empeorando. ¿Tienen razón? Existe una fuerte controversia entre economistas y otros científicos sociales que estudian la desigualdad global. Si comparamos el producto interior bruto de algunos países, da la sensación de que el mundo cada vez es más desigual. Si comparamos el PIB en relación con la paridad del poder adquisitivo, es decir, si tenemos en cuenta los costes comparativos dentro de cada país, los costes son más bajos en los países más pobres que en los países más ricos. En este caso, la división entre ricos y pobres parece menor, pero aún es grande. Sin embargo, si tomamos a la población como un factor y comparamos lo que ha sucedido en los últimos treinta años en el desarrollo económico en relación a la población, tenemos un cuadro diferente. Estas comparaciones tienden a mostrar que las desigualdades se han estabilizado o que se han reducido en los últimos treinta años.

La razón por la cual esto es en algunos aspectos una medida mejor es que no tiene mucho sentido comparar un país como China, con más de mil millones de habitantes, con un país como Mozambique con unos pocos millones de habitantes. Se deberían incluir las comparaciones de población ya que mucha gente en China se ha enriquecido debido a que el país en su conjunto ha tenido un período de veinte años de crecimiento económico sostenido que ha afectado radicalmente a las desigualdades estadísticas en la población mundial.

Mi conclusión es que realmente no podemos estar seguros de si el mundo cada vez es más o menos desigual, creo que no existen estadísticas fiables suficientes para extraer una conclusión. De lo que podemos estar seguros es de que realmente hay grandes diferencias regionales. Y estas diferencias afectan a países asiáticos que han llegado a ser más iguales respecto a Occidente. Sólo

tenemos que fijarnos en el caso de Corea para ver que esto es así. Corea en 1960 era más pobre que Ghana; hoy es más rica que Portugal en términos de PIB por habitante. Por lo tanto, algunos de los países asiáticos con más éxito, incluyendo a China, han reducido las desigualdades respecto de Occidente. Pero otras regiones no lo han conseguido.

América Latina parece que no ha podido reducir mucho las desigualdades, de suerte que en los países latinoamericanos más importantes parecen tan grandes ahora como lo eran hace treinta años. Y el continente donde se acumulan muchos de los problemas que estamos analizando es África. África es un continente donde algunos países han experimentado un descenso absoluto en los niveles de vida. En muchos países estamos hablando de desigualdades relativas. En África estamos hablando de un descenso absoluto en los niveles de vida, todo emparejado con tremendos problemas sanitarios en algunos de los países donde muchas personas albergaron grandes esperanzas en los años sesenta. Nos tenemos que plantear la cuestión de si la terrible situación de África es resultado de la globalización o no. Creo que sea cual sea la definición que adoptemos de globalización, la respuesta tendrá que ser no. Se trata más bien de que África ha sido excluida de los procesos globalizadores y no de que los haya sufrido.

De los problemas de África, como de los de Afganistán, no se puede culpabilizar a la globalización. Proceden del período anterior a la actual era global. Arrancan del período en que se libraba la Guerra Fría como una guerra por poderes de las superpotencias en África y Asia. La Guerra Fría tiene un calificativo erróneo, porque fue muy caliente en partes de Asia y África. Y la actual experiencia de África refleja las terribles divisiones producidas por aquel período más que el impacto de la globalización en la época más reciente.

Por consiguiente, mi conclusión sería que necesitamos más globalización aún, pero que la globalización no puede ser dirigida exclusivamente por el mercado. Los críticos de la globalización tienen razón al decir que la apertura de la sociedad a los mercados, especialmente en el caso de una sociedad pobre, en ningún sentido permite afirmar que se producirá un desarrollo económico. Abrir los países pobres al mercado puede destruir la economía del país porque puede dar lugar a una economía de plantación, puede expulsar a los agricultores de sus campos y puede tener consecuencias muy negativas para dicha economía. Pero creo que ahora sabemos más sobre desarrollo que antes. A quien se interese por la relación entre la globalización, la pobreza y el desarrollo económico, le recomendaría los escritos recientes de Joseph Stiglitz, el economista que acaba de recibir el premio Nobel. Cuando Stiglitz abandonó el Banco Mundial, era crítico con las políticas del Banco Mundial y del FMI y escribió una serie de artículos que creo que establecen el mejor modelo disponible que tenemos realmente sobre el desarrollo. Stiglitz dice que no nos habíamos dado cuenta, que mucha gente no se había dado cuenta, hasta hace muy poco de lo difícil que es crear una economía de mercado.

No se puede crear una economía de mercado simplemente con variables económicas. Crear una economía de mercado exige cambios institucionales, lo que va vinculado con la democratización, y exige la transformación del estado. Stiglitz dice que no hay un solo caso de desarrollo económico donde el estado no se haya implicado. Es un error suponer que la economía de mercado, sin más, ha desembocado alguna vez en un desarrollo con éxito. No queremos que el estado sea dominante, pero tampoco queremos que lo sea el mercado. La mejor forma de lograr el desarrollo es a través de la colaboración entre el gobierno, las empresas o el mercado y la sociedad civil, justamente las tres instituciones que he mencionado antes. Pero no nos equivoquemos, sólo hay una forma de superar la pobreza global. Se podría decir que la redistribución es importante, se podría decir que

La batalla del siglo XXI será entre el fundamentalismo y la sociedad cosmopolita mundial.

la tasa Tobin merece ser discutida, que es lo que el grupo Attack quiere, un debate público sobre la tasa Tobin. Se puede decir que es muy valioso, especialmente para África, que las economías occidentales avancen hacia la condonación de la deuda para algunos países africanos. Y me complace mucho que el gobierno británico, empezando por Gordon Brown, sea uno de los abanderados de esta condonación en el caso de los países africanos más significativos. Pero la redistribución nunca será el medio principal para sacar a la gente de la pobreza.

Sólo hay una forma conocida de sacar a mucha gente de la pobreza y es a través del desarrollo económico en el cual participen los países más pobres. Y sabemos que la posición de las mujeres es crucial, sabemos que el desarrollo económico es más efectivo cuando las mujeres son liberadas de la familia tradicional y cuando las mujeres acceden al mercado laboral incluso en economías muy pobres. Sólo sabemos algunas cosas sobre las condiciones en las que la gente pobre puede acceder a procesos de desarrollo. Pero, en todo caso, no se puede hacer contra la globalización. Se necesita un modelo de globalización de alguna forma diferente y esto es algo que, en mi opinión, habrá de abordar la próxima generación.

Finalmente, quiero señalar que la batalla del siglo XXI no será sólo una batalla en torno a las desigualdades, no será sólo una batalla sobre el poder de las grandes corporaciones. La batalla del siglo XXI en gran medida será una batalla entre el fundamentalismo por una parte y una sociedad cosmopolita mundial por otra. La batalla que se está dirimiendo ahora en Afganistán es una batalla de este tipo. Creo que no es un conflicto entre Islam y Occidente. El fundamentalismo no tiene realmente que ver con lo que se cree, sino con por qué se cree y cómo es la relación con los que tienen creencias diferentes. El fundamentalismo, en mi opinión, no se limita a la religión. Puede haber fundamentalismo étnico, fundamentalismo nacionalista y hemos visto los efectos de estas formas de fundamentalismo en la ex Yugoslavia y otras partes del mundo en los últimos años. El fundamentalismo es la afirmación de que sólo hay una forma de vida que es correcta y adecuada y que todo lo demás ha de ser erradicado o pisoteado.

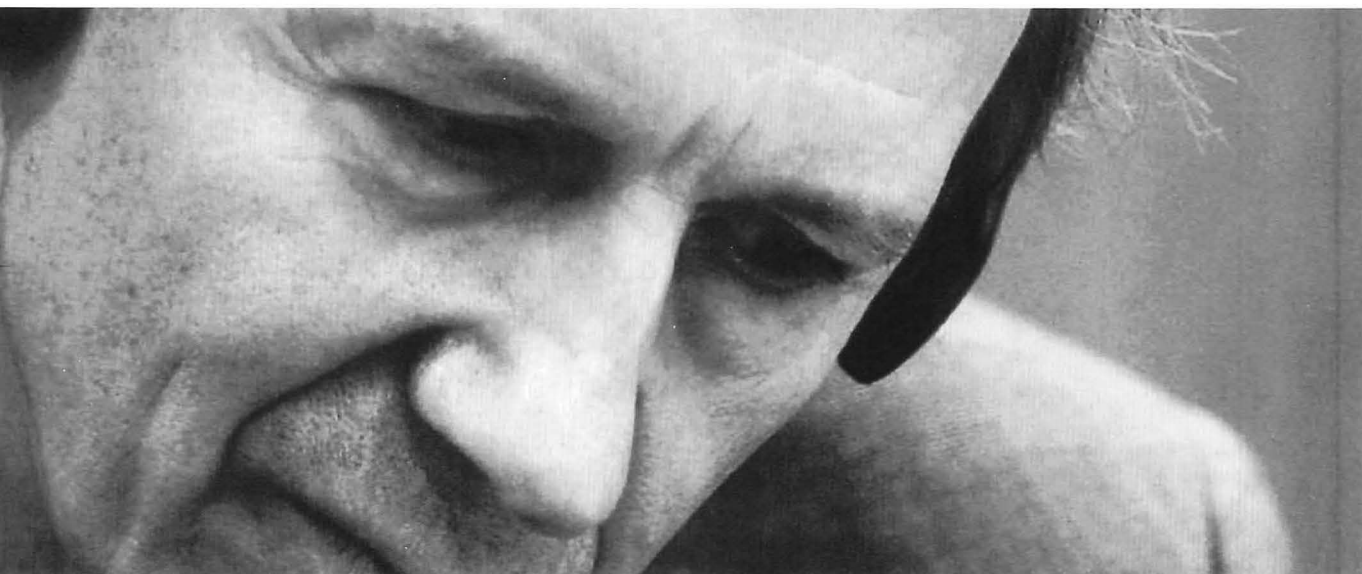
Lo opuesto al fundamentalismo es la tolerancia de la identidad múltiple. Lo opuesto al fundamentalismo es el diálogo entre grupos y culturas diferentes y creo que en Europa estamos siendo pioneros con un sistema institucional que es expresión de este espíritu cosmopolita. Para mí la razón por la cual la Unión Europea es tan importante no es sólo porque aporta fondos estructurales a España, aunque hayan sido muy convenientes, sino porque la Unión Europea es un sistema de gobierno genuinamente cosmopolita. La Unión Europea es muy diferente a las organizaciones internacionales tradicionales como las Naciones Unidas. La ONU, con toda la importancia que tiene, es una asociación de estados nación. La Unión Europea es el primer caso conocido en la historia donde las naciones han accedido a desprenderse de parcelas considerables de su soberanía a fin de unir recursos, pero también para defender sus identidades como naciones. La Unión Europea permite la preservación de la identidad nacional pero lo hace dentro de una estructura mucho más benigna de comunicación, la suma de recursos legales y también de otro tipo.

Por lo tanto, en algún sentido es un modelo en el que se deberían fijar otras partes del mundo. Creo que es perfectamente posible para mí ser inglés, británico, europeo y ciudadano de un mundo más amplio al mismo tiempo y eso es lo que significa ser cosmopolita. Esto nos lleva a remontarnos a hace doscientos años, mucho antes de la actual época de la globalización. Fue Immanuel Kant, el



filósofo alemán, el primero en hablar de la aparición de un orden mundial cosmopolita. En aquella época parecía una idea utópica, pero ya no es una idea utópica. Si no conseguimos crear una sociedad global cosmopolita en esta época marcada por la interdependencia, no seremos capaces de controlar las fuerzas divisorias y peligrosas que ha desencadenado la globalización. Creo que es evidente que el 11 de septiembre no indica un ataque aislado. El 11 de septiembre representa una transición en las formas de violencia que afectarán a nuestras vidas, porque el nuevo terrorismo será globalizado, implicará redes transnacionales y usará la violencia como un medio de fomentar objetivos fundamentalistas, tanto si éstos son objetivos de grupos religiosos, de fundamentalistas de extrema derecha o de comunidades étnicas.

Esto es algo muy peligroso y nuevo. Tenemos vulnerabilidades que nunca sospechamos, que son la cara oscura de la globalización. Cuando somos más interdependientes, nos enfrentamos a más riesgos. Cuanta más tecnología tenemos, más nos puede afectar la interrupción de esta tecnología. Es como si hubiera una transición en las formas de la guerra, y eso es probablemente lo



que indica el 11 de septiembre. El siglo XX ha sido de guerras entre naciones y grupos de naciones. En esencia, han sido guerras territoriales del tipo tradicional. El nuevo siglo probablemente verá desarrollarse conflictos del tipo que representa el 11 de septiembre. Formas diferentes de guerras que conllevarán redes de violencia interconectadas con el tráfico de drogas y armas, con la implicación de la comunidad internacional; guerras disputadas bajo la mirada de la comunidad internacional. Una de las cosas sorprendentes de los primeros días de la guerra en Afganistán es que no teníamos imágenes de televisión.

En cada uno de los conflictos en la antigua Yugoslavia y en África hemos contado con cobertura televisiva. Esto es una nueva estructura de violencia, que exigirá nuevas formas de seguridad, unas formas de seguridad a las que no estamos acostumbrados y que tienen un coste difícil para nosotros en términos de libertades personales. Y hemos de decidir dónde se debe situar ese coste, ese equilibrio. El 11 de septiembre se construye sobre el 10 de septiembre porque la mayor parte de lo tratado aquí pertenece al 10 de septiembre, la mayoría de estos procesos ya se estaban produciendo antes del 11 de septiembre, pero el 11 de septiembre como fenómeno añade algo nuevo y perturbador que todos nosotros deberemos afrontar en las próximas dos décadas.